

Detskoe - Selo

Dejamos nuestra carta en la oficina del Insturist y volvemos rápidos al coche que se lanza vertiginosamente polarizado hacia la residencia de verano de los Zares.

Las calles, a pesar de lo que parece en las fotografías que nos venden, pues en la mayor parte de los casos no nos dejan tomarlas con nuestras máquinas, están desiertas. Sólo así se comprende que los cien kilómetros hora no atropellen a los peatones. No se ven mas coches que los Lincoln que la Insturist tiene para el servicio de extranjeros.

Las casas parece haber sufrido los efectos de un bombardeo. Los cristales rotos y mal tapados sus agujeros; la ornamentación de lo que fueron suntuosas fachadas está desprendida en grandes trozos; sus paredes sucias y sin pintura ni revoco desde hace muchos años. No se ven tiendas a excepción de los grandes almacenes Torgsin, enormes, pero escasos. No se ve una persona bien vestida. Las mujeres sin medias, con sandalias de lona sucia y vestidas de harapos. No hemos visto más hembras con sombrero que las extranjeras y nuestros guías. Casi todo el mundo, hombres, mujeres y niños llevan grandes carteras, con asa, colgadas de la mano izquierda como un maletín. De los hombres no van regularmente vestidos más que los oficiales del ejército rojo y, verdaderamente limpios e irreprochablemente trajeados, los marinos. Los guardias urbanos encargados de dirigir la circulación por calles y plazas llevan un pantalón oscuro y una blusa blanca de telas baratas y se distinguen por la coreografía de sus movimientos (estamos en el país de los Ballets) verdaderamente complicados con los que ritman y ordenan la marcha de peatones y vehículos. A nuestra izquierda una iglesia convertida en vivienda. A nuestra derecha la Opera Imperial abandonada. ¡Tamberlik, Chaliapine, Rinsky - Korsakoff, Borodine! Junto a la Opera el antiguo Conservatorio de Música. Rogamos al choffer que pare un momento. Estamos delante del palacio del príncipe Snumpoff el asesino de Rasputin. Casi frente el palacete de la célebre Kchesinskaya, la famosa bailarina querida del desdichado Nicolás II y educadora sexual del pobre príncipe heredero que pagó haciendo del precioso inmueble de su protector, sitio de reunión y albergue de los revolucionarios de quienes fué complice y encubridora, facilitándoles secretos de estado y de la vida de los zares. De este modo los *cheviques vol* y *men* no se hacían sospechosos a la policía imperial — Siempre en la derecha, pasamos por el matadero con dos soberbios bueyes de bronce coronando la entrada, y el aeródromo donde solamente vemos dos aeroplanos y un edificio de madera para talleres. Los formidables aparatos de bombardeo del invencible ejército rojo no los vemos. Cruzamos un paso a nivel en todo igual a los tristemente célebres de nuestras ferrovías. Una mala cadena tendida como para jugar a la comba indica que no debemos seguir adelante y al cabo del rato llega y se va un tren que marcha a Riga. El tren lleva coches de una sola clase pintados de verde en tiempo de los zares, viejos, destartalados, sucios.

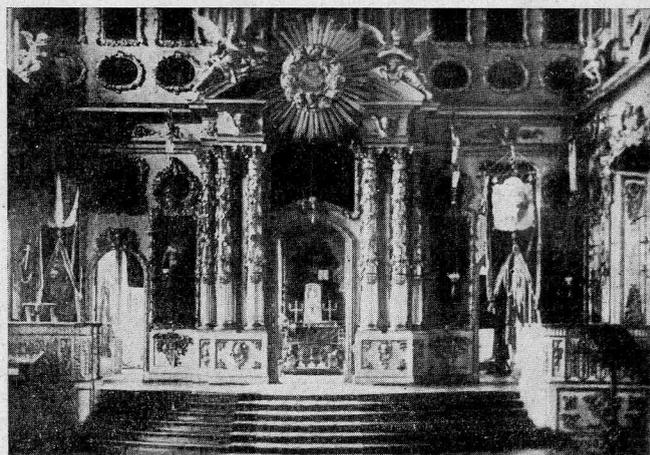
Nos dejan seguir por la amplia y magnífica carretera que ha sido camino imperial y que ahora está bastante descuidada. Los mojones kilométricos son verdaderos monumentos de piedra de tres metros de altura. A lo lejos se percibe una enorme sombra que es el magnífico bosque que rodea Isar Koie - Selo y donde la Insturist prepara para primeros del año próximo grandes cacerías de osos para los extranjeros. Llegamos por fin. Ya no es *Tsar-Koie-Selo* o pueblo del zar sino como hemos

puesto en el título de esta carta *Dets-Koe-Selo* o pueblo de los niños.



Entrada a Dets-Koe-Selo

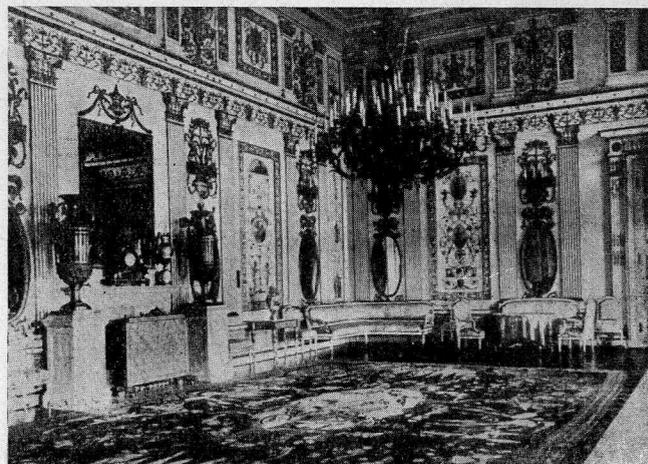
Una portada espléndida de bronce forjados nos deja en la plaza inmensa donde tantos desfiles históricos y solemnes hicieron las tropas imperiales de Catalina II,



Capilla

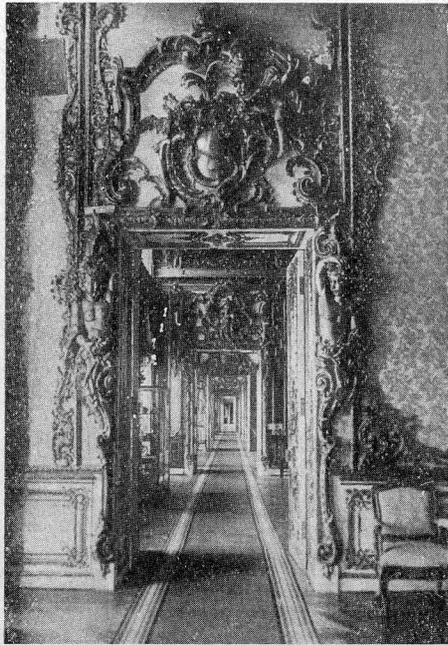
Alejandro I, el vencedor de Napoleón, y tantos otros zares de *todas las Rusias*.

La imponente fachada, verdaderamente magnífica por sus proporciones y ornato la franqueamos por una



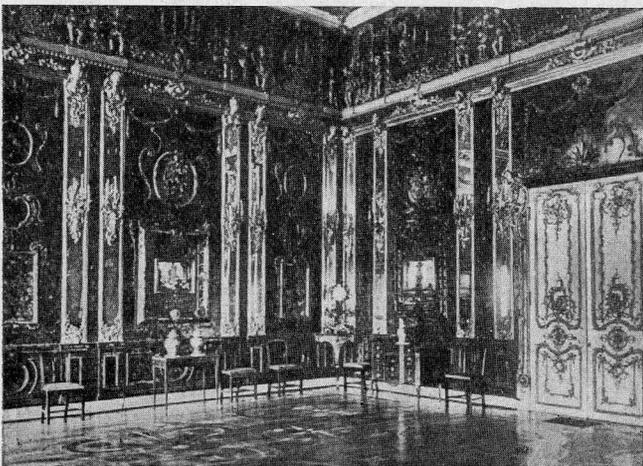
Salón de ámbar

puerta lateral izquierda. Lo primero que visitamos fué la Capilla de espléndida riqueza, en cuyas naves, multitud de vitrinas ostentan casullas, libros, y objetos de culto de incalculable valor. En la parte superior se aprecia el balconaje de la tribuna desde donde asistían a los cultos los zares y sus familiares e invitados y en la que vimos un sillón que utilizaba la Gran Catalina. Sa-



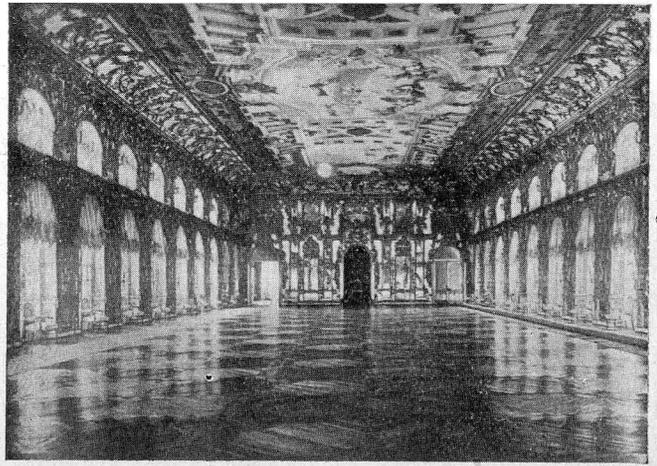
Pasillo

limos a la antesala del Palacio y luego por un pasillo enorme de trescientos cuarenta y dos metros, recorremos infinidad de salas y salones entre las que llaman poderosamente la atención, la llamada sala de ambar cuyas paredes y muebles son de esta preciosa substancia y que fué regalo de Federico Guillermo I a Pedro el Grande; la sala de plata, toda ella de este rico metal; la sala



Sala árabe

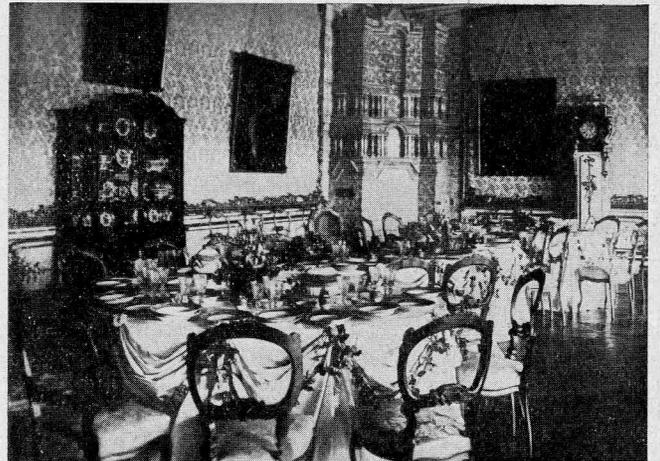
árabe con la puerta esculpida por Rostrelli; la fantástica sala del trono, toda de espejos y de oro; la sala de lapis-lázuli; el salón chino, de laca y oro; la sala Lyonesa, así llamada por estar sus paredes tapizadas con sedas de Lyon; el comedor dispuesto a recibir a los comensales de Catalina; el dormitorio de esta zarina, todo de porcelana blanca con columnas de cristal violeta y suelo de concha y el gran salón llamado de los cuadros, porque contiene preciados lienzos de la escuela holandesa y obras maestras de pintores rusos. Entre estas habitaciones y la fachada principal del edificio por donde hemos entrado corre a todo lo largo del palacio una



Salón del trono

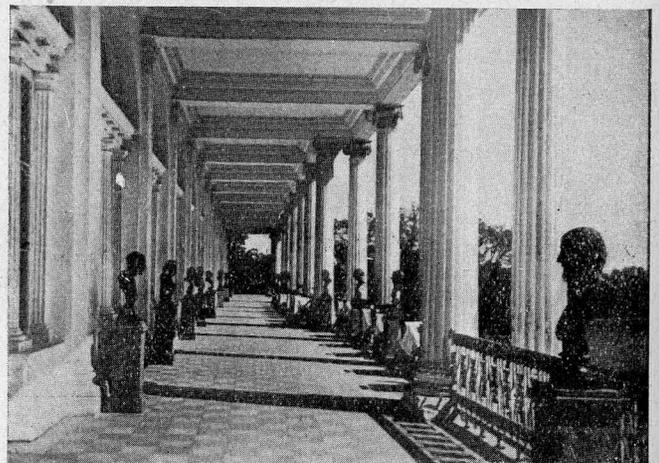
galería de mármol, construída en 1783 y entre cuyas columnas, lucen soberbios bustos de hombres célebres de la antigüedad griega, romana, y eslava.

Al rededor de la inmensa mole azul y blanca se extiende el viejo parque sembrado de construcciones y



Comedor

monumentos admirables, entre los que descuellan el Almirantazgo, kiosko que recuerda la conquista de Crimea, el baño turco, la columna de mármol erigida en memoria de las victorias del príncipe Orlov (amante de Catalina II) sobre los turcos en 1770; las puertas de bronce, dedi-



Galería de mármol

cadas por Alejandro I, a sus compañeros de armas de la guerra de 1812 a 1815.

Dentro del inmenso parque y a un kilómetro del palacio de Catalina está el palacio Alejandro, edificio hermoso, pero de un sólo piso, y que construído por Ca-

talina II para su nieto Alejandro I, por Guarenghi, constituyó la residencia del último zar Nicolás II, el que a raíz de la revolución de 1905, abandonó Petrogrado para residir definitivamente en este edificio.



Baño turco

Inmediata a la entrada hay una pequeña antesala en la que destacan unos cuadros representando la visita de Loubet en 1898, con parte de la escuadra francesa, y una vitrina en la que hay infinidad de objetos populares recordando la visita a la que tanta transcendencia se le concedió y en efecto tenía, ya que rota por los desafinos de Guillermo II, la alianza ruso-alemana, una de las grandes obras de Bismarck para evitar «la guerra en los dos frentes» que constituía su pesadilla como el tiempo vino a demostrar, los franceses con Loubet en 1898 y Poincaré en 1913 y 1914 prepararon y ratificaron después de muchos acuerdos la alianza franco-rusa que fué la causa de entrar, en la guerra europea, Francia, para según ellos, unirse a su aliada Rusia.

Más allá se encuentra una sala de espera de la que se pasa a la magnífica biblioteca privada del zar. Después el despacho del emperador, adornado con infinidad de cuadros y retratos. Hay en medio de la estancia una mesa de billar sobre la que se ven extendidos los mapas en los cuales estudiaba Nicolás II y sus generales, las incidencias de la última guerra. En un rincón, una mesa de despacho que utilizaba Nicolás II, llena de retratos de sus familiares y de papeles, documentos y objetos de su uso, tal como quedó al abandonar el palacio. En este magnífico salón y unida a él con una artística escalera de madera se halla una especie de balcón en el que hay una mesa de juegos y una soberbia estufa.

Junto a éste se halla el cuarto de baño de Nicolás II, en donde hay una pila magnífica que permite nadar perfectamente y un dispositivo de iluminación del agua, como el de las piscinas de los cabarets de lujo de los Campos Eliseos, de París. En la misma estancia se halla el gimnasio de Nicolás II, todo ello verdaderamente imperial. Junto a éste se encuentra otro departamento con armarios que guardan la infinidad de uniformes de Nicolás II y los trajes de Corte de la desventurada emperatriz Alejandra Feodorowa.

Más allá, el despacho-estancia privado del zar en el que se encuentra un enorme diván y una infinidad de retratos por las paredes y estantes.

Allí está también la mesa de despacho y de trabajo de Nicolás II llena de fotografías de su mujer y de sus hijos, la revista que leía en el momento en que tuvo de abandonar Tsarkoie-selo y el calendario de despacho con el fatídico 31 de agosto.

Está todo en el mismo estado en que se encontraba en vida del zar. No da la impresión de ser una cosa que pertenece a la historia, pues está todo cuidadosamente atendido y limpio. ¡No en valde la conservación de este palacio está encomendada a mujeres!



Despacho del zar Nicolás II

Casi junto al anterior despacho, está el cuarto de juegos de los hijos del zar; soberbiamente instalado. Hay un magnífico tobogán todo de madera y unos juegos de gran valor. El comedor de la familia imperial es otra magnífica estancia.

Inmediatamente está el cuarto de la emperatriz. Causa impresión ver todos los sillones y mesas, algunas con labores tal como quedaron al abandonar el palacio. Soberbia estancia en la que destacan un magnífico cuadro de la infortunada Alejandra Feodorowa y un soberbio tapiz, el tan conocido de María Antonieta con sus hijos. ¿Qué secreto presentimiento haría que la infortunada zarina eligiere como el mayor ornato de su estancia el retrato de la desdichada reina? Justo es reconocer que el calvario de una y otra fué bien semejantes. Junto a esta habitación está el cuarto de vestir de la emperatriz, bastante sencillo, ciertamente. Una estancia o cuarto de los hijos del zar y por último el gabinete de la zarina con la alcoba cuyas paredes cuajadas de medallas, reliquias, cuadritos y objetos religiosos que le dan un aspecto verdaderamente extraño y simpático a la vez. La cama, de metal, no tiene nada de particular. En el gabinete hay infinidad de retratos de sus hijos y de su marido, unos sillones, unas sillas y un pequeño armarito, sobre el que hay un cuadro al óleo que representa al matrimonio imperial recibiendo la bendición de Nuestro Señor Jesucristo, con el zarevitch. Junto a la ventana, un armario en el que se guardan restos de vestidos y objetos del uso de Rasputín, unos retratos, anillos, cuadros y otros objetos, sobresaliendo unos cubiertos de madera de los que construía admirablemente, el tristemente célebre fascinador.



Gabinete de la zarina

Deslumbrados por el fulgor del espléndido palacio de la gran Catherina y contristados por la visión de su desgraciada sucesora, salimos de Dets-Koe-selo.

Mañana será otro día. Guardo estas notas para echarlas al correo en cuanto llegemos al hotel.

Abrazos.

RICARDO ROYO VILLANOVA

